

## Los milagros de curación de Jesús

**Pbro. Juan Eduardo Vargas Flores**

Hernando del Rincón nació en Guadalajara (España) en 1445 y murió en 1520. La pintura fue realizada en 1500 aproximadamente. Es un óleo sobre tabla, que representa un supuesto milagro de curación, al cambiar una pierna gangrenada por una pierna sana de un hombre ya fallecido.

En el marco de una reflexión sobre los misterios de la vida y obra de Jesús, se deben proponer a la meditación los milagros de Cristo, tal como son narrados por la Sagrada Escritura. En efecto, podemos constatar fácilmente que en la obra salvífica del Señor Jesús, los milagros ocupan un lugar cualitativamente muy importante.

Lo que distingue radicalmente los milagros de Jesús de las narraciones prodigiosas de los judíos o de los griegos, es que los milagros de Jesús son signos claros de la soberanía real de Dios, cuyo inicio proclama Jesús en su misma persona y en su mensaje. Éste es el testimonio que recibimos del evangelio: “Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas y predicando el evangelio del Reino, y sanando toda enfermedad y dolencia en el pueblo. Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, poseídos, lunáticos y paralíticos, y todos quedaban curados” (Mt 4,23-24.).

### **Los milagros de Jesús y su identidad como Mesías**

Nosotros bien podemos entender que el tiempo propicio de la salvación empieza en la palabra y en la obra de Jesús (Hb 1,1-4: “Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo..., el cual, siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia..., se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas...”), y los milagros son resplandor anticipado y promesa de la redención universal futura. De hecho, con sus milagros, Jesús manifiesta que el reino mesiánico anunciado por los profetas está presente en su persona: “Respondió Jesús y les dijo: Vayan y hagan saber a Juan las cosas que oyen y ven. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia el evangelio” (Mt 11,4). Al verificar el cumplimiento de todas estas obras, Jesús estaba refiriéndose al cumplimiento del tiempo mesiánico (de salvación) profetizado por Isaías (cf Is 35,4-6: “... Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, y las orejas de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo como ciervo, y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo...”). Habiendo establecido esta comprensión, podemos afirmar que los milagros de Jesús se entienden como signos que, por encima de ellos mismos, nos remiten al que los realiza, nos remiten a Jesús, a su obra realizada en el Espíritu por especial encomienda del Padre. Es, pues, el Padre quien, por estas obras, manifiesta a Cristo como Hijo suyo y se revela a sí mismo como Dios misericordioso.

Los milagros, sobre todo más abiertamente en las narraciones del evangelista san Juan, muestran a Jesús como el ungido de Dios, el Cristo, es decir nos lo presentan como el Mesías de Dios. He aquí el testimonio del cuarto evangelio: “Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Éstas se

escribieron para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y para que creyendo, tengan vida en su nombre” (Jn 20,30-31).

El Señor Jesús, como Mesías de Dios, nos proporciona la plenitud de la salvación escatológica; es quien nos ofrece el pan de vida (Jn 6,1: la narración de la multiplicación de los panes); quien nos asegura la redención y la vida eterna (Jn 11,1: el episodio de la resurrección de Lázaro, signo de que Jesús es la vida verdadera) y nos aleja de las tinieblas (Jn 9,1: narración de la sanación del ciego de nacimiento, con la afirmación solemne de Jesús: “Yo soy la luz del Mundo”). En fin, toda la obra de prodigios y señales que se narran de Jesús, han de ser entendidos como manifestación de su gloria (Jn 2,11: al término de la narración de las bodas de Caná, el Evangelista anota: “Tal comienzo de los signos hizo Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en Él sus discípulos”) que no es otra que la gloria de Dios (Jn 1,14: “Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad”).

### **Los milagros de curación y la fe del que los recibe**

Los milagros de curación son acciones realizadas sobre las personas, que tienden a restituir la salud; en estos casos se requiere la participación de la persona enferma: su fe en Jesucristo hace posible el milagro.

El milagro aparece como testimonio divino, como acción simbólica que se añade al signo de la palabra y lo confirma. Así lo ha expresado Jesús: “Se lo he dicho y no me creen; las obras que yo realizo en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí” (Jn 10,25). Y todavía más abiertamente añade: Créanme que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí, si no me creen a mí, al menos crean por las obras” (Jn 14,11). Por lo tanto el mensaje es uno de los principales lugares de mediación entre la palabra y la fe, entre el mensaje proclamado y la adhesión de fe a la que llama el milagro que la acompaña. Sin embargo, debemos advertir que el milagro es un signo que invita, pero no nos obliga a la fe. Además no es absoluto que haya siempre un milagro que acredite la palabra proclamada como mensaje de salvación.

El evangelio de Juan es muy exacto en la distinción de estos momentos aquí señalados, es decir, existen algunos para quienes el milagro no los dirige a la fe. Efectivamente, se puede percibir materialmente el hecho prodigioso pero sin comprender su significación, son aquellos que tienen ojos y no ven (Jn 6,26: “En verdad les digo: ustedes me buscan, no porque han visto signos, sino porque han comido de los panes y se han saciado”). Por otra parte, “ver” el milagro es haber comprendido plenamente su sentido salvífico y sentirse por eso mismo, llamado a la fe.

Ahora bien, este acto de fe, es más que un simple conocimiento de la auténtica referencia del signo; creer es más bien entregarse a la persona significada y a su acción salvadora. Creer es entregarse a Jesús y a su acción salvadora. Por ello, quien ha “visto verdaderamente el milagro”, llega a contemplar, por este signo, la gloria de Dios en Cristo Jesús.

### **El milagro de la fe**

Por esto podemos concluir con toda verdad que el mayor milagro de curación es el milagro mismo de la fe. Hacer del que antes no creía, una persona de fe, es mayor como obra divina que la simple curación de un mal físico, por grandioso que este prodigio hubiera sido. En este sentido, todos estamos invitados a privilegiar el milagro de la fe por encima de cualquier otro signo maravilloso. En realidad, el que cree ya lo tiene todo. Teniendo al que todo lo puede, no le falta nada. Adhiriéndose al que es la salud,

CENTRO SAN CAMILO  
VIDA Y SALUD  
NO. 15 (2005)

no le faltará salud y, cerca del Señor de la vida, cuenta ya con lo mejor de su misma vida.